

Mi Personaje Rosendo Maqui

Escribe: CIRO ALEGRIA

El hecho de que el diario EXPRESO haya comenzado a publicar, cada domingo, una versión ilustrada de mi novela "El mundo es ancho y ajeno", ha servido para que los lectores, en general, se encuentren de nuevo con Rosendo Maqui y aun para que muchos lo vean por primera vez. El popular diario limeño resolvió la serialización, considerando la amplia difusión de la novela (doscientos mil ejemplares en español), a fin de interesar al público que ya la conocía. Juzgaba que despertaría curiosidad el nuevo despliegue gráfico de las peripecias. Primó también en el acuerdo una sana tendencia nacionalista y este es un punto que merece comentario, así sea breve. Nuestra prensa estaba casi monopolizada por historietas ilustradas extranjeras. Si es malo caer en el provincialismo, tampoco resultaba adecuado que nunca publicara series similares peruanas, con una rara excepción. Tal hecho daba lugar a que la mente del peruano promedio, alimentada con la lectura de diarios principalmente, se estuviera identificando más con personajes populares foráneos que con los nuestros. Había en la situación un riesgo de desarraigo psicológico que, muchas veces, provocaba la protesta del público mismo. EXPRESO quiere hacer tanto un servicio a sus lectores como un valioso experimento.

Como creador de Rosendo Maqui, personaje central de mi citada novela, he tenido la satisfacción de confirmar, una vez más, su creciente popularidad. Confieso francamente que no pertenezco a la clase de escritores que dicen escribir para sí mismos o para una élite. Ciertamente escribo, principalmente, porque me gusta hacerlo, pero el novelista no puede olvidar al lector. El hecho mismo de contar una historia, de organizarla como novela dentro de la consiguiente estrategia narrativa, supone una audiencia. Contemplar como esa audiencia crece y toma proporciones quizá inimaginadas inicialmente, constituye para el autor, cuando menos, una agradable prueba de que no ha trabajado en vano.

En el prólogo que escribí especialmente para la vigésima edición en español de "El mundo es ancho y ajeno", publicada por la Editorial Losada, he contado ya muchas incidencias relacionadas con la novela, los personajes, los lectores. Estuve lejos de agotar el tema. Ahora que la serialización da al mundo del libro una nueva actualidad, creo pertinentes unas líneas más sobre Rosendo Maqui.

El hoy célebre pintor Oswaldo Guayasamín, consagrado con resonantes premios internacionales y el elogio de la crítica universal, efectuó una exposición en Nueva York, allá por el año 1943. En la invitación sonaba tan distintivamente el apellido indio, que decidí ver de nuevo y más allá de los huacos y mates, cómo se las arreglaba con los pinceles y carbones un miembro de la raza de nuestros más remotos antepasados. A la entrada del salón, Guayasamín me extendió la mano con parsimoniosa cortesía y, al oír mi nombre, se alegró de igual modo parsimonioso. Era un indígena hereditario. Luego dijo:



Ciro Alegria

Ciro Alegria nació en la pequeña hacienda Quilca, perteneciente al distrito de Sarimbamba, provincia de Huamachuco, el 4 de noviembre de 1909. Estudió en el Instituto Moderno de Cajabamba, y en el Colegio Nacional de San Juan y la Universidad de Trujillo.

Escribió desde niño y a los 17 años comenzó a trabajar en el periodismo, dedicándose a la vez a las letras, campo en el que ha producido ensayos, cuentos y novelas. Ha sido también catedrático en las Universidades de Columbia (Nueva York), Puerto Rico y Santiago de Cuba.

Con sus novelas "La serpiente de oro" y "Los perros hambrientos", ganó sucesivamente los concursos promovidos por dos importantes editoriales de Chile, país al que fue desterrado en 1934. Con "El mundo es ancho y ajeno" obtuvo el premio del Concurso Latinoamericano de Novela, convocado por una editorial neoyorquina, en 1941. Todos sus libros están traducidos y el último detenta el record latinoamericano, pues ha sido vertido a doce idiomas. Ciro Alegria trabaja actualmente para el diario EXPRESO de Lima, La Nación de Buenos Aires, el Foreign News Service de Nueva York y varias revistas de Europa y América.

—En *El mundo es ancho y ajeno* me impresionó mucho esa parte que describe a Rosendo Maqui. "Un poco hombre, un poco vegetal, un poco piedra". Con esa emoción he pintado un cuadro. Ahí está...

Mientras cruzábamos el salón, yo iba pensando que, a veces, da la casualidad de que un escritor no traza letra muerta.

Guayasamín se detuvo frente al centro del muro principal. Como que fulguraba allí un



"Me parece que Rosendo Maqui fue tomado de la realidad. ¿Dónde lo conoció Ud?"

gran óleo. La cara angulosa de un indio emergía de un fondo de montañas. El poncho sen confundía, en cierto modo, con las montañas. La vigorosa estilización —manera tan antigua en manos indias— aumentaba la fuerza simbólica del lienzo.

La novela tenía, por entonces, año y medio de publicada. La crítica ya había destacado al personaje Rosendo Maqui, pero esa vez comencé a verificar que, saliendo de las páginas del libro y los enjuiciamientos literarios, el viejo alcalde echaba a andar por la vida. Ultimamente he sabido que al periodista peruano Castillo Ríos, le preguntó una muchacha en París: “¿Así es que usted es de la tierra de Rosendo Maqui?” Entre el lienzo pictórico y la pregunta parisina, hay mil anécdotas más relacionadas con Rosendo.

Después de veinte y cinco años de andar por América, regresé a residir en mi patria y, a poco de llegar, fui generosamente nombrado miembro de la Academia Peruana de la Lengua correspondiente de la Española. Apenas conocía, personalmente, a dos o tres de sus integrantes. De los demás conocía los nombres. Algunos eran de esas figuras que hacen noticias internacionales. Así el caso de Don Víctor Andrés Belaúnde, Presidente de la Academia. El anciano diplomático y escritor, apenas me hubo presentado, comenzó a hablar elogiosamente de mis libros, extendiéndose en la exégesis de Rosendo Maqui. Hizo un amplio elogio de su calidad humana, puntualizó que representaba con excelencia a la raza india y terminó diciendo que era un personaje logrado, de recio verismo. “Me parece que Rosendo Maqui fue tomado de la realidad. ¿Dónde lo conoció usted?”, inquirió finalmente el Presidente de la Academia.

Parecida o igual pregunta me ha sido formulada innumerables veces. En los últimos tiempos, debido a la serialización, vivo entre una racha de interrogaciones. Siempre doy la misma respuesta, trátase del académico Belaúnde, del oficinista, del chofer de taxi, del ascensorista o de mi cocinera Lucila, mu-



“La Comunidad de Rumi no existió jamás Sin embargo muchos personajes son reales”.

chacha india de Apurímac por quien siento particular aprecio.

Todos los incontables amigos de Rosendo Maqui a quienes he tenido oportunidad de responder, se han asombrado de que el viejo gobernante indio no viviera en la comunidad de Rumi, que tampoco existió jamás. El caso les parece más extraño porque muchos de los personajes que pasan por al novela son reales. Así mis abuelos Elena Lynch y Teodoro Alegría, así el Fiero Vásquez y Pajuelo. ¿Cuál es la razón por la que los hice figurar? Su presencia en la novela se explica allí mismo. Si me parece propio aclarar que apenas conozco a Pajuelo, aunque me ha escrito algunas cartas.

Sucedió que mientras yo trabajaba como redactor en un diario de Lima, el año 1934, me fue dado un discurso para que considerara su publicación. No tardó el periódico en ser clausurado, según una ley especial, por cuarta o quinta vez. Poco después fui desterrado a Chile y meses más tarde llegó mi novia, llevando los papeles que yo había dejado en Lima. Esto ocurría a comienzos de 1935. Ignoro la razón por la cual el viejo papel mecanografiado que contenía el dis-

curso, no desapareció. Cuando en 1940 escribía *El mundo es ancho y ajeno*, consideré que sería apropiado intercalar el tan doloroso como pintoresco discurso a guisa de ejemplo de oratoria popular. Para respetar el derecho de autor, puse el nombre de Pajuelo al personaje pueblerino que lo pronunciaba. Es así como en mi novela aparece un discurso real, pronunciado por un personaje en cierto modo real, a quien no conozco. Pero como el nombre y la palabra determinan al sujeto, doy a esta figura por real. Por pequeño que sea su papel, me parece, a mí que estoy en autos, singularmente novelesco. Pajuelo debe andar por una región de Ancash. Reconoció su discurso y dio en escribirme. Sé también que a sus amigos les decía que, por encontrarse perseguido, yo le dí muerte en la novela para que la policía dejara de buscarlo. Llevaba el libro en sus alforjas y, de cuando en vez, leía algunos acápites en alta voz, especialmente los que le atañen.

Hasta allí la realidad con nombres propios que han sido llevados por seres de carne y hueso. Rosendo Maqui, sin duda el más convincente de todos mis personajes novelescos, es imaginario. Tanto como lo pueden ser los caracteres de la novela de corte realista. El autor estudia a los hombres y las cosas de la determinada área vital que quiere novelar y luego, con la imaginación, compone y recompone mundos. La novela resulta así el arte de lo posible. De la capacidad del escritor depende que el lector tome las peripecias narradas por reales y considere que los personajes novelescos vivieron, emocionándose con sus alternativas, así no existieran jamás.

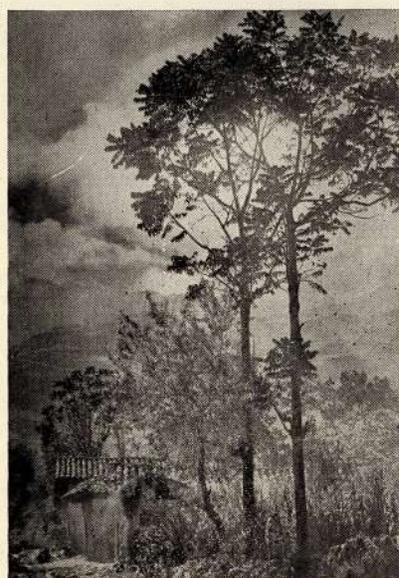
De hecho, el drama que describo en *El mundo es ancho y ajeno*, tanto en la comunidad como fuera de ella, pertenece a la realidad peruana de modo histórico. Basándose en analizados sucesos, mi invención corresponde a un proceso. En Rosendo Maqui traté de crear al arquetipo del indio. La suerte de Rosendo y la mía, como autor, es que los lectores lo consideren así. A veces, yo mismo creo que Rosendo existió. Y a toda luz de razón, pienso que si murió en la novela, sobrevive en la existencia nacional y representa al espíritu indio, debatiéndose con dolor en el Perú de siempre y resurgiendo siempre victorioso, para contribuir a la forja del Perú justo de mañana.

El Personaje Novelesco

El personaje es el elemento esencial del género novelesco y su prueba de fuego. La excelente novelista inglesa Virginia Woolf, en su hábil ensayo sobre el personaje, cita estas exactas palabras del también notable novelista Arnold Bennett: “La base de una buena novela está en la creación de caracteres y en nada más... El estilo cuenta, la intriga cuenta, la originalidad de punto de vista cuenta. Pero nada de eso cuenta tanto como los caracteres convincentes... Si los personajes son reales, la novela tendrá posibilidades, si no lo son, el olvido será su destino”. Y continuaba diciendo, en relación con la Inglaterra de su tiempo, que no tenía nuevos novelistas de importancia porque estos eran incapaces de crear personajes que fueran reales, verdaderos, convincentes.

Teniendo las palabras real y verdadero muchas acepciones en el diccionario de la novela, pues sabemos cuánto intervienen las ideas y el temperamento del autor al considerar la realidad y verdad del personaje, la palabra convincente es netamente válida y hasta incluye a las otras si pensamos en la impresión del lector. El recuerdo de las novelas de celebridad mundial nos trae, de inmediato, el recuerdo de sus personajes igualmente célebres. Son convincentes.

En nuestra América comienzan a surgir caracteres memorables: Doña Bárbara, Cantacarlo, Don Segundo Sombra, María, Arturo Cova, Demetrio Masías, varios más. Algunos son discutibles como buenas creaciones novelescas pero, de todos modos, van diseñando la figura del hombre americano. Desde el lado peruano, yo he incorporado a Rosendo Maqui, paradigma del indio, sabio analfabeto, representante de una cultura no aprendida en los libros, que mantiene en sí como parte de su herencia tradicional.



“Esta puede ser la casa de Rosendo Maqui”.